

chando a aquel hombre que era escándalo de la razón pagana: ¡Bien merecía subir a tan extraña tribuna, cuando se obtenían tales resultados!

La Iglesia sabía lo que debía a los monjes; los amaba, los admiraba, estaba orgullosa de ellos y en ellos veía los frutos más gloriosos de su maternidad. Los concilios consagraban su existencia; los doctores les trazaban reglas; los pontífices más ilustres no desdeñaban encargarse de la defensa de ellos contra sus detractores y hacerse biógrafos de sus santos. Se complacía la Iglesia en mostrar en estos pobres voluntarios la flor de sus filósofos, y en oponer sus enseñanzas a las de las diversas escuelas filosóficas que habían compartido la admiración de la Antigüedad; su superioridad sobre los discípulos de Zenón, de Platón o de Epicuro era una de las pruebas más fuertes de la superioridad del cristianismo, y bastaba para atraer a Jesucristo a grandes ingenios cansados que habían llamado a la puerta de todas las escuelas y bebido en la copa de todas las doctrinas. Esto explica también el encarnizamiento con que el fanatismo popular persiguió y atacó a esta filosofía cristiana, con exclusión de las demás filosofías.

¡Notable fenómeno histórico, muy digno de atención! Como la institución monástica era la expresión más pura y más completa del pensamiento cristiano, heredó todos los odios que habían combatido al cristianismo en su cuna, y se repitieron contra ella, con uniformidad servil, todas las infundadas acusaciones que se habían dirigido contra los primeros cristianos. Aquella misma plebe de Roma y de Cartago que un siglo antes gritaba: “¡Los cristianos a los leones!”, lanzaba ahora imprecaciones no menos furiosas contra los primeros monjes que se mostraban en las calles, y los llenaba de ultrajes y de golpes antes de conocerlos. Los últimos escritores paganos, que defienden con tanta flojedad la causa de los falsos dioses, recobran todo su vigor y facundia cuando se trata de atacar a los monjes, quienes son, según ellos, enemigos del género humano, fanáticos oscuros y sombríos que tiemblan ante la luz, locos furiosos que, bajo pretexto de dárselo todo a los pobres, quieren reducir a la pobreza a todo el mundo. “Ser monje —dice uno de estos falsos ingenios— es ser un miserable y parecerlo”<sup>1</sup>. Las mismas preocupaciones se encuentran entre los cristianos mundanos que se vestían de oro y de seda y que veían en la austeridad de la vida monástica un mudo reproche a su cobardía. ¡Hasta los mismos Emperadores, desde el

<sup>1</sup> EUNAP., *Excerpt. de sentent.*, frag. *gubern. Dei*, VIII, 5; RUTIL. NAMATIEN., *46 (Corp. Script. byzant.)*; SALVIAN., *De Itin.* I, 439 y 514.

propio *Código teodosiano*, no desperdician la ocasión de dejar caer sus insultos soberanos sobre los elegidos de Cristo, tildándolos de *individuos dedicados a la holgazanería*!<sup>1</sup>.

Es cierto que estos “holgazanes” no participaron en las “trabajosas” ocupaciones del pueblo romano: no hacían motines, no pedían pan blanco, no pasaban los días enteros en las termas y en los circos, y, cuando alguno de ellos aparecía en el anfiteatro, era para arrojarse entre los combatientes y morir intentando separarlos<sup>2</sup>. He aquí por qué eran objeto de horror para una sociedad cuyo representante más ilustre, Símaco, decía, al hablar de los gladiadores que se habían suicidado, ¡que habían cometido un atentado contra los placeres del pueblo romano!<sup>3</sup>. Es que los paganos detestaban en los monjes lo que habían detestado en la Iglesia primitiva: la fidelidad inviolable a la austera doctrina de Cristo, que ponía fin a las alegres saturnales de la Antigüedad, convirtiendo a la vida en combate y no en festín. Veían en ellos al cristianismo en toda su pureza, y se apartaban de él con el mismo disgusto que en tiempos de Nerón.

Si el espíritu anticristiano, en su oposición sistemática, se hubiese limitado a aquella hostilidad manifiesta que se traducía en injurias y a veces en violencias, hubiera sido poco temible para la Iglesia, cuya marcha triunfal no se hubiera detenido por ello ni un instante; pero, como dijimos antes, el mal era mucho más formidable. El elemento pagano que se había introducido en sus filas bastaba para paralizar su acción en más de un punto y para empañar el brillo radiante con que resplandecía. Aquellas enormes masas refractarias que parecían haberse incorporado a ella para disolverla, turbaban profundamente su armonía interior, y, aunque no dañasen sus fuentes vitales, engendraban en su seno cierto estado de malestar y aun de sufrimiento.

Tal acción se hacía sentir a la vez en el terreno de la doctrina y en el de las costumbres; en el dogma se llamaba herejía. Existió ésta desde los primeros siglos, cuando la Iglesia se encontraba todavía en las catacumbas; pero ahora, más poderosa y más peligrosa, por la protección de los Emperadores cristianos, multiplicaba sus ataques y creaba, con el arrianismo, otra Iglesia dentro de la Iglesia. Nacían al mismo tiempo otras mil formas de error, que no coincidían más que en el odio común contra la ortodoxia; desde todas partes del

<sup>1</sup> *Cod. Theod.*, XII, 1, 63. Unos artículos antes se habla, con soberbio desprecio, de las manos cubiertas con el lodo del trabajo. (XII, 1, 6).  
<sup>2</sup> Véase nuestra pág. 148.  
<sup>3</sup> SYMMACH., *Epist.*, II, 4.

mundo intelectual los errores y sofismas se precipitaban contra la verdad. Mientras el Oriente parecía tener el privilegio de engendrar las herejías de orden metafísico, y hacía suceder a las innovaciones de Arrio las doctrinas contradictorias de Nestorio, de Eutiques, de Apolinario, de Sabelio, de Macedonio y de tantos otros, el Occidente, cuyo sentido espiritual era menos aventurero y más sentado, se dirigía preferentemente a las cuestiones relacionadas directamente con la vida del hombre, produciendo así los Donatos, los Pelagios y los Priscilianos. ¡Lúgubre catálogo el de estas aberraciones del espíritu humano sublevado contra sus propias leyes y disipando sin remordimiento el patrimonio de la unidad intelectual!

Se vió ceder sucesivamente ante tantos asaltos a las Iglesias más ilustres; las sedes de Antioquía, de Jerusalén y de Alejandría, ocupadas por herejes, se pusieron a la cabeza de la rebelión, y la fe más intrépida debió sentirse turbada por estos espectáculos aflictivos. Sólo la sede de Roma, faro sublime en noche tempestuosa, hizo brillar siempre con esplendor luminoso la antorcha de la ortodoxia, en medio del torbellino que arrastraba a los espíritus a impulsos de todo viento doctrinal; aquí no se oía otra voz que la de la tradición apostólica más pura. El apóstol que había recibido gloriosa visión de confirmar en la fe a sus hermanos, no cesó de denunciar el error y proclamar la verdad, y fué tal la fuerza de aquella voz inmovible e invicta en medio de todas las revoluciones dogmáticas, que contrarrestó los efectos de tantas herejías, salvando Roma por sí sola la unidad de la sociedad cristiana y la integridad de su fe. Sin esta resistencia infatigable y maravillosa de la sede romana, el cristianismo entero hubiera concluído por ser arrastrado por la marea creciente de aquel océano que batía con rabia los cimientos de la Iglesia.

Un fenómeno más pavoroso aún que el desencadenamiento de las herejías era el tremendo desbarajuste de costumbres que había en el seno de la sociedad cristiana de entonces. Las virtudes monásticas se ocultaban en las sombras del claustro, y la historia las ignora en gran parte: el púdico retiro del hogar protegía igualmente contra el brillo de la publicidad a la vida modesta y recogida de la familia cristiana; pero la impureza y el cinismo de los vicios paganos se ostentaban a la luz del día, ofreciéndose como único panorama a los ojos del espectador. Quien a fines del siglo IV hubiera asistido a los regocijos públicos de las grandes ciudades, o hubiera seguido en el dédalo de sus orgías a las muchedumbres sedientas de placeres, no hubiera podido creer que el Imperio había cambiado de religión. En las grandes solemnidades, las gradas del circo estaban más nutri-

das que los bancos de las iglesias, y millares de espectadores cristianos saboreaban con delicia los espectáculos más obscenos. Las lamentaciones de los moralistas de entonces arrojan luz tristísima sobre el estado de aquella sociedad; sin duda adolecerán de la exageración propia del hombre celoso que habla impulsado por su indignación, pero, aun reduciendo a su justa medida las quejas que articulan, nos encontramos todavía ante un cuadro que espanta y descorazona. Y en verdad que nadie se atrevería a acusar de falsedad a Salviano, cuando declara que habría que felicitarse si al menos la mitad de los cristianos de su tiempo fuesen dignos de tal nombre<sup>1</sup>.

Agravaba esta lamentable situación el hecho de que ninguna clase social ni ningún grado jerárquico se encontraban libres de tal corrupción; el sacerdocio había sido invadido por multitud de clérigos indignos; las sedes episcopales eran deshonradas por preladados que rivalizaban en abyección con los eunucos; concilios enteros conspiraban contra la justicia y se entregaban a actos de verdadero bandolerismo. Hasta los monasterios, asilos inexpugnables de la vida perfecta, no siempre se encontraban protegidos contra los violentos y los impuros que venían a ocultar su ambición y sus vicios bajo el sayal del cenobita. Tales escándalos eran observados y juzgados con severidad por las pocas gentes honradas con que aún contaba el paganismo, y creían encontrar en ello derecho para mirar con desprecio a una sociedad religiosa que sufría semejantes lacras. Se comprende su repulsión ante las escenas de matanza que ensangrentaron en el año 366 la elección del Papa San Dámaso; las armas y el fuego, puestos al servicio de las candidaturas eclesiásticas; los santuarios convertidos en campos de batalla de las facciones exasperadas, y multitud de cadáveres de ambos sexos cubriendo los alrededores del trono pontificio: he aquí el repugnante espectáculo que la cristiandad de Roma ofreció en esos días nefastos al mundo espantado<sup>2</sup>.

Pero era tal la vitalidad de la Iglesia, que estas crueles pruebas no llegaban a quebrantarla. El principio de vida sembrado en el fondo de su corazón renovaba incesantemente las fuerzas que consumía en sus combates, y los escándalos que le afligían estaban sobradamente compensados por la prodigiosa abundancia de virtudes que alumbraba todos los días. Los vicios del siglo pasaban como nubes sobre su faz radiante sin lograr empañarla, y si a veces parecía eclipsarse en la tormenta, era para reaparecer muy pronto más hermosa y más pura; la guerra constante que hacía a los abusos no

<sup>1</sup> SALVIAN., *De gubern. Dei*, VI, 1; cfr. III, 9.

<sup>2</sup> AMMIAN. MARCELLIN., XXVII, III, 12.

permitía que arraigaran en su seno y conquistaran en él carta de naturaleza. Aun encadenada, sabía todavía, mediante protestas incessantes contra los ataques inferidos a su fe o a su disciplina, declinar su responsabilidad ante Dios e impedir que la prescripción se estableciese en provecho del error o del mal. Una labor enérgica de eliminación rechazaba sin descanso los elementos impuros que se deslizaban en su seno; unas veces, volviéndolos a plantear en su forma primitiva, los obligaba a salir por la puerta de la herejía; otras, los extirpaba de su seno mediante las tijeras de la excomunión. Su victoria sobre el mundo se basaba en que, sitiada eternamente, nunca se dejó invadir, y, siempre herida, jamás recibió ningún golpe mortal.

El alcance de esta victoria era incalculable. Igual que desde el fondo de las catacumbas, durante tres siglos de persecuciones sangrientas, la Iglesia había salvado la existencia de los principios cristianos, del mismo modo, en medio de las seducciones del mundo, salvaba ahora su integridad. Si este triunfo aparece a primera vista menos brillante que el otro, es porque las condiciones de la lucha habían cambiado, y en lugar de verificarse a la luz del día, en medio de los anfiteatros y con todo el trágico aparato de las guerras sangrientas, se deslizaba en lo íntimo de las conciencias y de los santuarios, en los repliegues más recónditos de los corazones. La victoria misma, por otra parte, carecía de la pompa sublime de otros tiempos, ya que en los enemigos cuya derrota celebraba debía llorar a hijos que había perdido.

Pero, por caro que lo comprase, su triunfo era incontestable. A pesar de todo, no quedaba más que un solo ideal de vida moral: el que ella predicaba, y un solo tipo de sociedad: el que ella realizaba. No se luchaba ya contra ella sino quitándole una parcela de su vitalidad, y sus enemigos más inteligentes se veían obligados a arrebatarle las armas con que querían combatirla. Bien claro se vio esto en la lamentable reacción de Juliano el Apóstata; su paganismo no era más que un cristianismo al revés, y, por contradicción chocante pero palpable, todo lo que imaginaba para rejuvenecerse estaba tomado de la sociedad cristiana. ¿Qué era su clero pagano, al que recomendaba la continencia y el celibato, y al que apartaba de las sangrientas representaciones del anfiteatro, sino la caricatura del clero cristiano? Sus ensayos de predicación moral y de instituciones penitenciarias, sus proyectos de establecimientos de caridad, ¿qué era todo ello sino los recuerdos de un cristiano apóstata que llevaba al campo enemigo sus estériles reminiscencias? La propia opinión

pagana estaba profundamente impregnada de cristianismo; cuando Amiano Marcelino se indigna de los títulos de *Eternidad* y *Señor del Mundo* que toman los Emperadores, presta un homenaje inconsciente al principio cristiano; cuando reprueba las crueldades de Galo, hermano de Juliano, que entregaba a las fieras del anfiteatro a los cautivos isáuricos, así como cuando ve en estos suplicios, tan acordes con la tradición romana, atrocidades de otra edad, testimonio, sin saberlo, los progresos que hacía la influencia cristiana<sup>1</sup>. Podrían multiplicarse estos ejemplos; pero los dados bastan para mostrar hasta qué punto se había depurado insensiblemente la atmósfera moral de los paganos, quienes habían caído ya en la órbita de la Iglesia y respiraban su aire; estos últimos enemigos del cristianismo eran, en realidad, cristianos recalcitrantes.

Quedaban, por lo demás, pocas gentes aprisionadas en las ergástulas del paganismo; la Iglesia despojaba al siglo de sus mejores elementos para enriquecerse con ellos; cada vez que encontraba en él un carácter noble o un espíritu elevado, lo hacía salir de la vida oficial para introducirlo en sus filas, en las que le asignaba un lugar cimero. El mundo imperial produjo todavía acá y allá hombres que eran dignos de sus grandezas pasadas, pero no supo conservarlos; la Iglesia fué a buscar en los bancos de Libanio a los dos discípulos más brillantes del inconsolable retórico, a San Basilio y San Gregorio Nacienceno, apropiándose así los tesoros de aquella maravillosa elocuencia que constituía la admiración de sus contemporáneos. Arrebató también del cultivo de las letras y de la vida elegante del patriciado a un Sinesio, a un Sidonio y a un Paulino de Nola; hizo caer la toga consular de los hombros de San Ambrosio para cubrirlos con el manto episcopal; en una palabra, atrajo a ella todo lo que había de virtud y de talento.

Nada más notable que la transformación con que modificaba a los hombres que se entregaban a ella: aquellos caracteres muelles y débiles, propios de una época decadente, que no sabían resistir ninguna tentación ni sustraerse a ninguna mancha, aparecían después como templados en un baño de acero: ¡tanto era el vigor y la energía que desplegaban en cuanto habían sido conquistados por ella! Ejemplo claro es Sidonio Apolinar, quien, no habiendo sido en el siglo más que un literato sin energía, se transformó, en la sede episcopal, en un hombre ilustre y en un santo. Y ¿qué diremos de la transformación que se realizó en el alma de San Agustín y de tantos otros cuya vida parece cortada, por su conversión, en dos fases opuestas?

<sup>1</sup> AMMIAN. MARCELLIN., XIV, II, 1; XV, I, 3.

En el siglo, sus espíritus se agitaban al soplo de todas las doctrinas y sus corazones erraban tras todas las pasiones; una vez entrados en la Iglesia, se afirmaban sobre la roca y se convertían en médicos y consoladores de las almas enfermas.

El Imperio se desmoronaba ante la acción de esta fuerza latente, pero irresistible, que trasvasaba su savia a las venas de la Iglesia. Aquél ya no tenía hombres; ésta se veía poblada de santos. Aquél no gozaba de prestigio alguno; ésta ocupaba en el pensar de los pueblos un lugar sobrenatural. Aquél dejaba caer de sus manos enervadas la espada del poder temporal; ésta la recogía y la manejaba para la salvación del mundo. Así, cuando fué preciso defender a la sociedad contra los invasores bárbaros, los obispos y los sacerdotes fueron los encargados de tal empresa. Estilicón y Aecio, cuyo gran valer militar es incuestionable, hicieron, sin embargo, tanto mal al Imperio por su ambición como bien por sus victorias, mientras que los grandes obispos de esta época fueron el escudo más poderoso que tuvo la civilización contra Alarico y Atila. La historia de las ciudades del siglo v sólo es conocida por la de sus preladados; cada uno de ellos resume en su persona la patria pequeña, puesto que la grande ya no existía. Simples monjes llegaron a ser la Providencia de pueblos abandonados; en la Nórlica, una de las provincias más expuestas, por estar en el camino de Germania a Italia, un ermitaño llamado Severino supo mantener en respeto, por su solo prestigio, a las bandas de alamanes, rugos y otros bárbaros que se agolpaban en las riberas del Danubio: las gentes confiaban únicamente en él, y bajo su protección gozaban de una tranquilidad desconocida en las provincias vecinas. Cuando murió, reapareció el terror, y todo un pueblo emigró, tras sus restos mortales, llevados desde Nórlica hacia el interior de Italia <sup>1</sup>.

Escenas análogas se repetían por doquier. Todo el mundo veía en la Iglesia la única fuerza capaz de conjurar la ruina universal, y ella respondió a esa confianza de los pueblos; amortiguó en todas partes el choque terrible de los bárbaros, y, si no pudo salvar al Imperio, salvó por lo menos las nacionalidades y la civilización. Recogiendo en su seno, como en el arca que flotaba sobre las aguas del diluvio, todo lo que merecía sobrevivir, guardó en reserva estos materiales para el día en que, retirada la inundación, fuese posible reconstruir un nuevo edificio e inaugurar una sociedad nueva.

Hay que fijarse en el esplendor con que brilla en esta hora suprema en que los decretos de la Providencia van a cumplirse en el Imperio

<sup>1</sup> EUGIPP., *Vita sancti Severini*.

romano, alzándose frente a éste como el gigante frente al pigmeo. Mientras que todas las miserias de la decadencia se resumían, como se ha visto, en el reinado deplorable de Valentiniano III, todas las glorias de la Iglesia resplandecían en la persona del Papa que lleva el nombre de San León el Grande. En él muestra ya el pontificado lo que iba a ser durante siglos: el alma de la civilización universal y el árbitro del mundo. Era como el soberano de un Imperio inmenso, cuyas fronteras se extendían a medida que se estrechaban las del mundo romano; su mirada solícita abarcaba a toda la Iglesia cristiana; su voz era escuchada, o por lo menos oída, en todas partes; hizo callar a la herejía aun en los últimos confines del Imperio; confundió a Eutiques en Oriente y a Prisciliano en Occidente; envió sus instrucciones a Bretaña, de donde hacía largo tiempo que Roma había tenido que retirar sus tropas; tuvo a raya la ambición del patriarca de Constantinopla, y conjuró para otros cuatro siglos el cisma griego, siempre inminente; en fin, desde su sede de Roma inspiró el concilio ecuménico de Calcedonia e hizo aceptar sus decisiones al universo. Sus cartas dogmáticas y sus homilias pontificales le colocan entre los doctores más ilustres del siglo iv, pero el acento de soberanía con que habla dentro de la Iglesia le sitúa por encima de ellos. Todos los cristianos se inclinan ante su supremacía, y los destructores del mundo, Atila y Genserico, retroceden o se amansan ante su voz. Ya alrededor de su inmensa autoridad moral se dibujan los vagos contornos del poder temporal de sus sucesores. Es la única esperanza de su pueblo en esta época llena de alarmas, y no puede, según escribe en el año 449, abandonar la ciudad de Roma ni aun para ir al concilio, por miedo de que su marcha pueda sumir a las muchedumbres en la desesperación <sup>1</sup>.

Había, pues, todavía un Imperio romano, pero era el Imperio espiritual de la religión. Roma mandaba al universo, pero no era ya en nombre del César, sino en nombre de Dios. Las promesas de eternidad con que le habían arrullado sus poetas se realizaban, pero en otra esfera y por otros medios; sus jefes eran sacerdotes, sus legiones se componían de monjes y de misioneros, sus armas eran la palabra, su ley el amor y su fin el cielo. Hay que dejar a San León el Grande que acabe él mismo el paralelo; en su boca la historia se convierte en una profecía realizada:

“¡Oh Roma!, gracias a tus apóstoles la luz del Evangelio ha brillado sobre ti, y de señora del error te has convertido en discípula de la verdad. Ellos son tus verdaderos padres y tus auténticos pastores;

<sup>1</sup> S. LEON., *Epist.*, 31.

les debes tu entrada en el reino de los cielos, y merecen ser llamados tus fundadores con mucho mayor motivo que los que levantaron tus murallas, uno de los cuales, el que te dió su nombre, manchó tu cuna con su fratricidio. Bajo la dirección de esos apóstoles has llegado al estado glorioso actual de raza santa, pueblo elegido y ciudad sacerdotal y real. La sagrada sede del bienaventurado Pedro ha hecho de ti la cabeza del mundo, y los límites de tu autoridad religiosa sobrepasan a los de tu dominación terrestre. En efecto, aun cuando victorias numerosas hayan llevado tu poder muy lejos por mar y tierra, el dominio adquirido por tus hazañas militares no iguala a este otro en que reinas por la paz de Cristo" 1.

#### FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

**HISTORIADORES.** - En el siglo IV, la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea así como su *Crónica* han encontrado muchos continuadores.

Cuatro escritores independientes entre sí, los tres primeros griegos y el cuarto latino, han continuado la *Historia eclesiástica*: Sócrates hasta el año 439, Sozomeno hasta el 423, Teodoreto hasta el 428, y Rufino hasta el 395. Los tres primeros han sido resumidos y continuados por Teodoro hasta el año 527 (fragmentos), y por Casiodoro hasta el 516 (*Historia tripartita*). Sócrates y Teodoreto han encontrado en Evagrio otro continuador, que hace llegar su narración hasta el 594 (edición Bidez y Parmentier, Londres, 1899). Sólo quedan además extractos del arriano Filostorgo, cuya narración termina en el 423.

A continuación de este grupo de escritores, influenciados todos directa o indirectamente por la *Historia eclesiástica*, pondremos los influidos por la *Crónica*, o, más bien, por la traducción y continuación de esta obra por San Jerónimo hasta el año 378. Son: Próspero de Aquitania, que la continuó hasta el 455; Próspero Tiro, que llegó hasta la misma fecha; Idacio, que la prolonga hasta el 467, y el conde Marcelino, que abarca hasta el 534. Aunque todos estos autores afectan un carácter

universal, sus conocimientos se ciñen en realidad a su propio ambiente: los dos primeros a la Galia, Idacio a España y a África, y Marcelino a Bizancio y al Imperio de Oriente.

Próspero de Aquitania fué continuado por Mario de Avenches hasta el 581 (Borgoña, Italia y Bizancio), y por Víctor de Tununa hasta el 566 (Bizancio y África).

Dos latinos, totalmente independiente de Eusebio, son los primeros en concebir, en el siglo V, la idea de una historia universal; son Sulpicio Severo, el Salustio cristiano (edición Halm, Viena, 1866), que llega hasta el año 400, y Paulo Orosio, discípulo de San Agustín, que alcanza hasta el 416 (edición Zangemeister, Viena, 1882).

**BIOGRAFÍAS.** - Las principales son: la vida de San Antonio, por San Atanasio; las de los santos Hilarión, Pablo y Malco, por San Jerónimo; la de San Severino de Nórica, por su discípulo Eugipio; la de San Ambrosio, por su discípulo Paulino; la de San Agustín, por su discípulo Posidio; la de San Martín de Tours, con los diálogos, por su discípulo Sulpicio Severo; y tres colecciones enteras: la *Historia Lausiaca* de Paladio, la *Vitae Patrum* de Rufino y la *Historia religiosa* de Teodoreto de Ciro.

1 S. LEON., *Sermo* 82 (al 80).

**PANEGÍRICOS.** - También la Iglesia cristiana usó el panegírico, pero lo despojó de su carácter adulador y lo transformó en oración fúnebre. Muchas de esas oraciones tienen verdadero valor histórico: en tal sentido pueden citarse las de Valentiniano II y de Teodosio el Grande, ambas por San Ambrosio; las de Pulqueria y Flacila, por San Gregorio Niceno, etc.

**APOLOGISTAS.** - Las principales apologías de este período son: las cuatro obras de Eusebio tituladas *Adversus Hieroclem*, *Praeparatio evangelica*, *Demonstratio evangelica* y *De Theophania*; siguen la *Oratio adversus Gentes* de San Atanasio; el *Apocriticus* de Macario Magnes; la refutación de Juliano el Apóstata por parte de San Cirilo de Alejandría (*De sincera religione christianorum adversus libros athei Juliani*), y, finalmente, la *Graecorum affectionum curatio* de Teodoreto de Ciro. La apologética latina logra su coronación en la más completa y elocuente de todas las apologías: *De Civitate Dei* de San Agustín.

**POLEMISTAS.** - Las diversas luchas que la Iglesia tuvo que sostener durante este período originaron multitud de folletos y de opúsculos, de los que los más interesantes para la historia son: *De errore profanarum religionum* de Firmico Materno; la requisitoria de San Hilario de Poitiers titulada *Contra Constantium imperatorem*; las dos *Orationes invectivae contra Julianum imperatorem* de San Gregorio Nacianceno; el *Sermo contra Auxentium de basilicis tradendis* de San Ambrosio; las cartas del mismo santo (*Epist.* 17-18), y el *Contra Symmachum* de Prudencio, en la polémica entablada respecto a la estatua de la Victoria, y, por fin, el poema anónimo contra la reacción pagana del año 394 (Morel, *Revue archéologique*, 1868). Las homilias y los sermones de San Máximo de Turín tienen ya otro carácter, puesto que en unas y otros aparece el paganismo, no ya como adversario a quien hay que combatir, sino como abuso que hay que desarraigar. Otro tanto puede decirse de las homilias de San Cesáreo de Arlés.

También deben mencionarse aquí los innumerables escritos a que dieron lugar las controversias dogmáticas; rara vez encontraron éstas historiador, pero todos los materiales de su historia se encuentran en la literatura combativa que nació de ellas. Así es, por ejemplo, como los tratados dogmáticos de San Atanasio contienen casi toda la historia del arrianismo de su tiempo, lo mismo que los de San Basilio y San Gregorio Niceno nos dan a conocer la herejía de Eunomio, etc. No habiendo tenido ninguna otra literatura carácter tan práctico, ni habiendo estado ninguna ligada tan íntimamente como ésta a la vida íntima de la sociedad, habría que enumerar casi todas las otras del siglo IV y del V para dar un resumen de las fuentes que merecen consultarse para redactar la historia de esta época.

**CORRESPONDENCIAS.** - Entre las numerosas colecciones de cartas que arrojan luz sobre los últimos siglos del Imperio, señalaremos sobre todo las de San Basilio, San Jerónimo, San León el Grande, Sidonio Apolinario y Ruricio de Limoges.

**VIDA MONÁSTICA.** - Las diversas reglas monásticas han sido recogidas por L. Holsten en su *Codex regularum monasticarum*, Roma, 1661, y Augsburgo, 1759.

Hay muchos otros escritos consagrados especialmente a los monjes, como: Evagrio, *Monachus seu de vita activa*, y otros escritos del mismo.

San Juan Crisóstomo, *Adversus opugnatores eorum qui vitam monasticam inducunt*.

San Agustín: *De opere monachorum*. Casiano, *De institutis coenobiorum* y *Collationes patrum in eremo commorantium*.

La regla de San Benito ha sido reeditada por Woelfflin, *Benedicti Regula monachorum*, Leipzig, 1895.

Claudio Mario Víctor, *De perversis suae aetatis moribus*.

**COSTUMBRES CRISTIANAS.** - La vida intelectual se refleja en las *Institutiones divinarum litterarum* de Casiodoro. Salviano, en su obra *De Gubernatione Dei*, nos traza un cuadro elocuente,

aunque con frecuencia exagerado, del estado de la sociedad en el siglo V, y San Agustín, en sus *Confesiones*, nos hace asistir a todas las vicisitudes por las que pasaba la vida moral y religiosa del individuo en aquella época turbulenta.

Con el título de *Silviae Aquitanae peregrinatio ad loca sancta*, Gamurrini ha publicado en Roma en 1885 una narración de peregrinos que data del siglo IV, y que proporciona explicaciones muy valiosas acerca de las costumbres de la época, así como también sobre la geografía sagrada. Esta obra, atri-

buida hoy a la religiosa española Etería, ha sido reeditada en 1898 en *Itinera hierosolymitana saec. IV-VIII* por Geyer, Viena, 1898, y, aparte, por Heraens en Heidelberg, 1908.

INSCRIPCIONES. - Leblant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, París, 1856.

Hübner, *Inscriptiones Hispaniae christianae*, Berlín, 1871.

Hübner, *Inscriptiones Britanniae christianae*, Berlín, 1876.

Kraus, *Die christlichen Inschriften der Rheintande*, 1890-94.

## CAPÍTULO VI

### BIZANCIO

ERA DESTINO de la Roma bizantina sobrevivir unos diez siglos a la antigua, y prolongar hasta la entrada de la era moderna la vida lánguida de una mitad del Imperio romano. Protegida por una incomparable posición estratégica y por la diplomacia hábil de sus soberanos, la ciudad de Constantino vió, a partir del siglo V, cómo la marea de las invasiones se arrojaba sobre otras riberas o expiraba impotente al pie de sus murallas. El edificio político del paganismo quedó, pues, en pie a la sombra de sus atrincheramientos, magnífico todavía, aunque mutilado, mientras las naciones occidentales que crecían al aire libre bajo la tutela de la Iglesia, pudieron contemplar de lejos, durante un millar de años, el espectáculo de aquella sociedad decrepita y lasciva, encerrada, con el lujo marchito de la Antigüedad, en una ciudad que era a la vez su baluarte y su prisión, y en donde no podía ni vivir ni morir. A su vez, la historia de la civilización cristiana, antes de separarse definitivamente de un dominio que cesa de ser el suyo, debe arrojar una última mirada a este mundo cerrado al porvenir, para sacar de él la suprema enseñanza que parece haber tenido por misión dejar al género humano.

La historia del Imperio bizantino puede resumirse en dos palabras: es la tercera y última fase de la decadencia romana. Bizancio es la Roma pagana refugiada en Oriente, en donde continúa, de modo frecuentemente inconsciente, la lucha encarnizada del cesarismo antiguo contra el espíritu nuevo. Cosa notable y en que parece verse como la fatalidad secular de un pecado original: la ciudad del Bósforo, que parecería llamada a la vida para dar una capital cristiana a los Emperadores convertidos, desmiente desde muy pronto las esperanzas del mundo. Mientras que la Roma de Nerón, abrevada con la sangre cristiana, aprovechaba la salida de sus dueños para convertirse poco a poco en capital de la Iglesia universal, la Roma de Constantino, edificada a la sombra de la Cruz, se hacía muy pronto el baluarte en que se conservaban fielmente las costumbres y el espíritu repudiados por la Ciudad Eterna.